

El vino en los cuentos populares

Anselmo Sánchez Ferra

Desde hace más de 15 años vengo recogiendo cuentos populares en distintos municipios murcianos, los 10 últimos batiendo de forma exhaustiva las poblaciones de la comarca del Campo de Cartagena, en un proceso en el que, al tiempo que realizaba la encuesta, he intentado construir un método y formular un planteamiento teórico que he expuesto en las publicaciones en las que di cuenta de los resultados de esta investigación obsesiva¹. En síntesis, puedo resumir ese planteamiento como el desarrollo de una perspectiva que considera a los cuentos como un lenguaje universal que sufre en su manejo las adaptaciones precisas para acondicionarse a las inquietudes de los individuos y grupos que lo emplean, que experimenta una evolución relacionada con los cambios ideológicos y de las condiciones materiales de esas comunidades y que, en tanto que es literatura, admite perfectamente un análisis sociológico, cuanto más que es literatura colectiva cuya supervivencia depende menos de aspectos estéticos y sí fundamentalmente de la capacidad para representar y conectar con la visión del mundo de quienes la narran y la reciben².

Visto así cobra sentido, a mi juicio, la recopilación minuciosa de los materiales con criterios de localización todo lo precisos que resulte posible aplicar, con la constatación de frecuencias y, en suma, la anotación sistemática que aproxime el trabajo de campo, como alguna vez he sugerido, al del arqueólogo en su yacimiento. Alguien me preguntaba en cierta ocasión cual era el límite de esta tarea, cuantos cuentos era necesario coleccionar para poder avanzar en la comprensión del fenómeno antropológico que subyace; no es una cuestión acertada porque la respuesta no puede ser otra que *todos*, aunque esto implique un objetivo inalcanzable. Ninguna ciencia puede soslayar los datos porque éstos sean abundantes o resulte difícil reunirlos. El propósito último es la construcción del *texto infinito* al que alude A. Rodríguez Almodóvar³, un repertorio completo que corresponda a un grupo humano delimitado claramente por factores históricos, geográficos y económicos, de forma que podamos observar las interrelaciones entre el grupo, sus condicionantes y la literatura popular que maneja.

Aquí está la base de este trabajo y nuestro interés estriba en examinar la imagen del vino en los cuentos populares españoles, comprobar la medida de su importancia, por su presencia en estas narraciones y valorar la consideración colectiva de este producto a partir de contextos e implicaciones significativas con los que se asocia en el folklore. Para completar esta

¹ Por ejemplo: *La memoria de Caprés*, pp. 145-161, *Revista Murciana de Antropología (RMA)* nº 4; *Camándula*, pp. 22-31, *RMA* nº 5 o la comunicación al Congreso de Etnografía del Campo de Cartagena a propósito de "La investigación sobre el cuento de tradición oral en la comarca: estado de la cuestión" (en prensa).

² En este sentido ha sido para mí fundamental la lectura de la obra de FERRERAS, J. A., *Fundamentos de Sociología de la Literatura*, Cátedra.

³ RODRIGUEZ ALMODÓVAR, A. (1989), *Los cuentos populares o la tentativa de un texto infinito*, Murcia, (especialmente las páginas 223-235).

“foto fija”, intentaremos también arrojar una ojeada entre los materiales folklóricos de los siglos XVI y XVII para poner en evidencia la evolución diacrónica, si es que existe, y examinaremos algunos repertorios de un ámbito cultural muy diferente para tomar nota de los contrastes que puedan incidir en el sustento del debate teórico que hemos planteado.

El vino en el folklore contemporáneo

La censura

En realidad, ninguno de los cuentos recogidos establece con contundencia un rechazo del vino. Puede advertirse, eso sí, alguna consideración negativa pero puramente incidental en textos que no tienen al vino ni al bebedor como protagonista. Pero así como hallamos apólogos moralizantes que expresan una valoración nítida sobre, por ejemplo, la virginidad de la mujer, las relaciones paterno-filiales o la fidelidad en la amistad, no los encontramos que juzguen y condenen sin ambages no ya al licor sino ni siquiera sus efectos más perniciosos.

La ambigüedad

Por la naturaleza de sus consecuencias el vino despierta ciertas reticencias o claro rechazo, pero al mismo tiempo su degustación es un placer incontrovertible. Esta dialéctica encuentra su expresión en el siguiente relato etiológico que, aunque se refiere a la vid, en realidad versa claramente sobre su jugo:

La higuera tiene dos cosechas porque San Pedro era borracho y vino a donde estaba el Señor con un racimo de uvas, y le dijo San Pedro que lo probara y le gustó. Y Jesucristo le preguntó a Pedro que de donde había pillao aquello, dice:

-De la higuera. -Porque no le dijera el Señor qu'era borracho si decía qu'era la uva pos dice: -(A lo mejor me dice que soy un borracho).

Y entoces dijo la higuera. Y dijo el Señor:

-¡Pos dos frutos tenga!⁴

Por un lado, tenemos la conciencia de culpa del santo, manifiesta en la acción de engañar a Cristo ocultándole sus preferencias. Por otro, el desenlace refleja el desencanto de la conciencia colectiva que se traduce más o menos explícitamente en la actitud del narrador y en la orientación general del cuento que lamenta la decisión divina.

⁴ Se trata del tipo 774 G de Aarne-Thompson. Reproduzco el texto que narra don Antonio Saura Ros, natural de Balsapintada, pero se trata de un cuento de enorme popularidad del que ya publicamos un ejemplar en *Camándula* (nº 78) y en Cartagena tenemos versiones anotadas a vecinos de Galifa, Cuesta Blanca, Pozo Estrecho, La Puebla y los barrios urbanos de Los Barreros y Santa Lucía (esta última con una variante singular protagonizada por la Virgen). De su difusión por toda España da idea la inclusión de este tipo en los siguientes repertorios: MOROTE, P., *Cultura tradicional de Jumilla. Los cuentos populares*, pp. 116-117; CAMARENA, J., *Cuentos tradicionales de León I*, nº 129; CORTÉS, L., *Cuentos populares salmantinos*, nº 57 y 58; AGÚNDEZ, J. L., *Cuentos populares sevillanos I*, nº 55; DE TRUEBA, A., *Cuentos populares de Vizcaya*, pp. 181 a 183 o GONZÁLEZ I CATURLA, J., *Rondalles del Baix Vinalopó*, pp. 131 y ss. Para una bibliografía completa véase CAMARENA J., y CHEVALIER, M., *Catálogo Tipológico del Cuento Folklórico Español*, vol. III: *Cuentos religiosos*, pp. 166-167.

En una variante que recoge Díaz Cassou la cuestión aparece planteada bajo una perspectiva diferente; si Cristo se decanta a favor de la higuera no es tanto por el error de cálculo de su discípulo como por una decisión meditada del Maestro. Así, Jesús bendice a la higuera recompensando el gesto piadoso del dueño del árbol que lo ha puesto a disposición de los peregrinos; sin embargo, castiga a la viña a sufrir plagas por las mentiras de Pedro, que ha infringido su orden de no probar el vino y luego ha intentado engañarle haciéndole ver que no lo ha catado. Pero, incluso en un texto tan reprobatorio hay una consideración que nos devuelve a la dialéctica bueno/malo, bendito/maldito, cuando el mismo Jesús advierte: "...asarlás toas la biñas no pué ser, porque se nesecita bino pa icir misa"⁵.

De alguna manera, esta ambigüedad está presente en las distintas versiones que hemos recogido de un tipo cuyo esquema narrativo viene a ser éste: el padre investiga la distinta fortuna habida por sus hijas al casarse. Una lamenta su suerte por haber dado con un jugador empedernido, otra padece a un marido borracho y la tercera sufre al mujeriego; cada narrador, empleando argumentos que en realidad pueden aplicarse indistintamente a una u otra de las conductas analizadas, tiende a lamentar especialmente una y a ser complaciente con las otras, probablemente, haciéndose eco de la tolerancia social hacia ellas: en Caprés se condena al adúltero⁶, en Perín al jugador⁷; en ambas la bebida es un defecto pasajero y comprensible. Sólo en el ejemplar anotado a un informante de La Manchica la censura recae sobre el bebedor:

"Le preguntó el padre a la hija que cómo le iba y dijo la hija que no había tenido suerte.

-Y a ver —que por qué, le dise el padre a la hija, dise—. Mira, si te ha salío jugador alguna vez gana, y cuando no tenga perras pos no juega más. Si te ha salío putero, cuando ya le flojean las piernas tampoco va.

-No, m'a salío boracho.

-¡Ahí sí tienes desgrasia, porque cuanti más viejo más pellejo!"⁸.

Es la propia indeterminación a la hora de convenir cual de los vicios es el peor para la convivencia de pareja la que refleja la tensión subyacente entre pros y contras.

El aprecio

Lejos de estas valoraciones titubeantes, algunos cuentos exaltan sin reparos los méritos del vino. La dieta de pan y vino resulta decisiva en ellos para desbaratar el propósito de una mujer que quiere eliminar a su marido:

"Esto era un matrimonio que la mujer s'estaba entendiendo con el cura y no quería na más qu'era matar al marío. Y va y le dise, va ella, la mujer y habla con el médico y dise:

-Mira, que me pasa esto, que quiero matar a mi marío y que tal y que cual.

-Pos tú vas a haser una cosa. Le vas a dar vino tinto que sea fuerte y tos los días pan resién sacao del horno.

⁵ DIAZ CASSOU, P., *Literatura murciana. Cuentos nº IV, La salú e la iguera y las plagas e las biñas*, pp. 89-91.

⁶ *Op. cit.*, nº 28, p. 181.

⁷ Texto de doña Soledad Agüera González que forma parte de nuestra colección inédita de cuentos cartageneros.

⁸ Texto de don Alfonso García García (colección inédita de cuentos cartageneros).

Y empezó a aplicar el tratamiento, y él decía:

-¡Pan caliente y vino fuerte, esto será mi muerte!

Claro, él se lo estaba tomando y haciendo como que s' estaba quedando ciego. Con eso ya se quedaba ciego, perdía la vista. Y él tos los días:

-¡Pan caliente y vino fuerte, esto va a ser mi muerte!

Y tenían un hijo. Y cuando ya, de tanto tiempo ya, pos al pasar el tiempo se hace el siego, un día que el cura estaba merodeando por la casa, dise:

-¡Hijo, tráeme la escopeta que te voy a enseñar a cazar antes de que me muera!

Y va y se pone así, dise:

-¡Mira, a las perdices al vuelo,
a las liebres a la carrera,
y a los cojones del cura d' esta manera!⁹.

O de la que desea deshacerse del suegro:

"Era una nuera que quería que se le muriera el suegro y entonces se fue a la iglesia a rezarle a San Cristóbal. Y le ofrecía a San Cristóbal luego un regalo si conseguía que el suegro se le muriera; y venía todos los días.

Hasta que el sacristán se dio cuenta y va y se mete detrás de San Cristóbal, y cuando viene la nuera y termina su oración y le pide que a ver qué hacía con su suegro, que se le muriera, le dice:

-¡Vete a tu casa y llévale pan caliente y vino fuerte! ¡Del mejor! Vino fuerte.

Pos nada, se va y le compra el pan, bien caliente, y el vino. Se lo lleva, se pone:

-¡Venga abuelo, vamos a almorzar, que tal...!

-¡Ah, hija mía, pan caliente y vino fuerte, eso es mi muerte!

¡Puh! Y entonces ella más se engrandecía y más le traía todavía. Y el pobre viejo pos en vez de empeorar pos se tomaba más agilidad, más gordo se ponía y mejor estaba. Y cuando ya llevaba un mes se fue la nuera a San Cristóbal, dice:

-¡San Cristobalón,
patazas, manazas,
cara de cabrón!

¡Si lo mismo que tienes el cuerpo,
tienes los hechos!¹⁰.

En ambos casos, el esquema estructural es el mismo: se plantea un *conflicto*, en el primero el adulterio de la mujer y el cura, que impulsa a ésta a decidir la muerte de su esposo; en el segundo la enemistad entre la nuera y el suegro. Sigue una *mediación* protagonizada en el primer relato por el médico y en el cuento pachequero por el sacristán, usurpando este la per-

⁹ Texto de don Juan López Aparicio, anotado en Pozo Estrecho. Hay también numerosas versiones como la de LARREA PALACÍN, A., *Cuentos gaditanos* XXVIII; CAMARENA, J., *Cuentos tradicionales de León* II, nº 188; CANELLADA, M. J., *Cuentos populares asturianos*, nº 61; de AZKUE, R. M^o., *Euskalerrriaren Yakintza* II, nº 103. Incluso una versión literaria de A. Rodríguez Almodóvar en su *Libro de la risa carnal*, p. 55.

¹⁰ Texto de don Martín Martínez Pérez, natural de Los Martínez del Puerto, incluido en *Camándula*, *op. cit.*, nº 237 (v. referencias bibliográficas en p. 286).

sonalidad del santo. Ambos recomiendan a la mujer el mismo régimen que se revela absolutamente opuesto a los efectos que ella pretende. En el *desenlace* el marido descubre la infidelidad de su esposa y castiga a los amantes en presencia de sus hijos por lo que hace al suegro, éste sobrevive y la nuera recrimina a San Cristóbal el engaño que ha padecido.

El papel positivo del vino es doble: explícitamente, se apuntan sus efectos sobre la salud de quienes lo consumen, pero, además, es uno de los elementos claves en la mediación entre una situación de conflicto y una resolución afortunada. Más adelante volveremos a encontrármolo en la misma tesitura.

Atracción irresistible

Al escoger este epígrafe y no el de “dependencia” no he pretendido inclinarme tendenciosamente por un eufemismo que oculte la carga negativa que hay en la semántica de este concepto. Es que, efectivamente, esa carga negativa no termina de aflorar en los relatos que toman como argumento la incapacidad del bebedor para superar su adicción a los placeres del vino. Véase si no:

“Esto era un borracho que se emborrachaba, y a otro día se encontraba muy mal con la resaca. Y le decía a su compadre:

-Todo el que se ponga malo
y pronto quiera curar
no tiene más que ponerse
pelos del mismo animal.

Así es que, ¡vamos a que nos pongan otro cuartillo!”¹¹.

O este otro:

“Aquel que le gusta mucho el vino y dise:

-Hoy no voy a beber vino.

Na, pasaba por la puerta de un bar y nada; pasaba por la puerta de otro, nada. Pero ya, cuando ya estaba casi al final y ya sabía que no quedaba na más que uno dise:

-¡Aquí, por bien que lo voy haciendo, aquí me voy a tomar tres vasos!”¹².

Y también éste:

“Dicen que las brujas una vez que salen ya no pueden nombrar ni a Dios ni a Santa María. Se cuenta que había una mujer que estaba embarazada y era amiga de las brujas. Se dice que tuvo deseos de beber vino de Jerez, claro, ir a una bodega de Jerez a beber vino, pues tenía ese antojo. Ya se lo cuenta a las brujas y le dicen:

-Pos sí, vas a ir a las bodegas de Jerez a beber vino.

Le echan los mesunjes aquellos y le advierten que no nombre a Dios ni a Santa María durante el viaje. Así que:

-Guía, guía,
ni Dios ni Santa María.

Conque salen volando, volando y llegan a las bodegas de Jerez a beber vino. Cuando la embarazá se había hinchao bien hinchá de vino, va y exclama:

¹¹ LÓPEZ MEGÍAS F. y ORTIZ LÓPEZ, M. J., *Etno-Escatología*, nº 219.

¹² Texto de don Alfonso García García, natural de La Manchica, en el Campo de Cartagena.

-¡Gracias a Dios que ya me he hinchao de vino de Jerez!
Y se volvió burra.

A otro día, van los bodegueros y se encuentran una burra preñada vestida de mujer, y por más que pensaron no pudieron imaginarse por dónde había entrado"¹³.

Incluso en este último caso el castigo de la bruja no se asocia con su condición de bebedora, ni siquiera con la de hechicera. La responsabilidad de su metamorfosis recae claramente en su torpeza por incumplir la prohibición, aunque la invocación divina surja a propósito del deleite experimentado al paladear el vino. Sólo en el plano de una interpretación más sutil la conexión de brujería, vino y castigo permiten inducir una connotación negativa muy poco evidente.

También en relación con este aspecto de "inclinación insuperable" debemos apuntar un texto muy popular que pertenece al grupo de relatos cuya traza argumental es la misma: ante el difunto de cuerpo presente la viuda o el viudo se lamentan por algo que, o no está vinculado con la pérdida de su cónyuge, o si lo está es con algún aspecto indecoroso de sus relaciones, inapropiado para evocarlo en esas circunstancias. Sus quejas se formulan entonces con un ingenioso juego de palabras:

"Había uno que se le murió la mujer. Era un borracho de esos. Y era una noche de invierno y claro, dijo:

-Huy madre mía que noche tengo yo que pasar aquí, sin beber.

Y entonces fue y compró una pelleja de esas, de vino, y se la lió en la manta. Y, durante el velatorio de su esposa, de vez en cuando se metía debajo de la manta y se ponía:

-¡Ay qué tragos más negros!

Y decían los vecinos que le acompañaban:

-Pobrecillo, como sufre por la mujer.

Y decía el borracho:

-¡Y estos tragos son pa mi!"¹⁴

De nuevo aquí hallamos el esquema de una situación dramática que desemboca en jocosos y el vino como mediador. En el juego dialéctico muerte/vino éste desempeña invariablemente el papel de desdramatizador.

La exclusividad

Dado el aprecio que observamos en las valoraciones implícitas y explícitas en los chistecillos apuntados hasta aquí, no es de extrañar que otros versen sobre la ineludible consecuencia de esa estima: la voluntad de reservarse su consumo:

"Aquel que estaban en la candanga y entonses pos le dise a la hija, dice:

-¡Nena, saca el vino! Saca vino y dame primero a mí, luego dale a tu padre, después al marido de tu madre, y el que te queda me lo das a mí"¹⁵.

Este deseo de exclusividad entra en conflicto con alguna de las obligaciones que derivan del carácter solidario de la cultura rural tradicional. Negar la

¹³ *Etno-Escatologicón*, nº 277

¹⁴ Texto de S. Fernando Martínez Jiménez recogido en Roldán y publicado en *Camándula*, nº 214.

¹⁵ Texto de doña Ángeles Vivancos Cañavate, natural de Cuesta Blanca (colección inédita de cuentos del Campo de Cartagena).

hospitalidad no es posible, pero sí intentar escamotear al huesped aquello que por más escaso o por más querido se guarda sólo para los más allegados.

Pero los invitados no están dispuestos a renunciar al delicioso licor y lo reclaman ingeniosamente. Esta tensión produce relatos así:

“Un viajante que le dieron hospedaje en una casa porque ya se hizo de noche y claro, y era la hora de la cena y iban a cenar. Entonces comentan para sí los dueños de la casa:

-¿Qué vamos a hacer?

-Pos mira, que cene. Si es de noche y hace frío, ¿qué vamos a hacer? Le daremos cobijo. Pero el vino no lo vamos a sacar; el que quiera vino que vaya, beba y se salga otra vez y punto.

Y él pos estaba mosqueado de ver que había alguno que se había levantado ya tres veces y salían otra vez a comer. Dice:

-¿Sí? ¡Ahora verás!

Se mete a la misma habitación que los otros se metían y vió el barril de vino. Cuando bebió el que quiso sale a la mesa y dice:

-¡Me gusta la costumbre de este terreno! El que quiere vino, se levanta y bebe¹⁶.

Tema recogido también en el siguiente ejemplar:

“Otra vez va un invitado a una casa y a aquel le gustaba el vino pero bastante, y resulta que ponen de comer y que no viene el vino, y el tío no había na más que mirar a ver si alguno traía el vino, pero que no, que no venía el vino. Y entones dise:

-(Voy a ver si es que se l´a olvidado y lo traen) – Y dise el invitado: -Vino, vino, ¿vino su hijo anoche?

Y dise la dueña:

-Agua, agüardándolo estamos”.

Ritualidad

En la cultura tradicional cualquier gesto cotidiano se convierte, gracias a la reiteración de pautas y fórmulas, en un acto sacramental. La ingesta de alimentos se blinda así con iniciativas por un lado profilácticas y por otro creadoras de un orden que confiere sentido trascendental a un hecho trivial¹⁷. Probablemente ésta es la perspectiva desde la que debemos abordar la lectura de un cuento recogido en Pozo Estrecho:

“Esto era también una familia que la señora s´entendía con el cura del pueblo. Y el marido era arriero, o sea qu´estaba con las recuas p´arriba, para abajo, para arriba y para abajo. Y va y, en un viaje d´esos s´encuentra con otro arriero en medio del camino y le dise:

-¡Fulano, hay que ver!

-¡Quita, hijo, quita! Me s´a puesto la mujer mala y voy por una medicina que m´a mandao el médico que voy a tardar por lo menos quince días en ir y venir.

-¿Tu mujer mala? ¡Muchacho, muchacho, que tu mujer s´está entendiendo con el cura!

¹⁶ Texto de doña Ángeles Soto Aznar, anotado en Los Puertos de Santa Bárbara (colección inédita de cuentos del Campo de Cartagena).

¹⁷ Al respecto vease, por ejemplo, ELIADE, M. (1967), *Lo sagrado y lo profano*, Madrid, Guadarrama, Punto Omega.

-¡Que no puede ser! -Y llevaba en la recua, llevaba una mula que des-
ían la mula Baya. Dise- Me juego la mula Baya, qu'és la mejor que tengo,
a que lo que m'estás disiendo es mentira.

-¡Vamos a comprobarlo!

-¡Vamos a comprobarlo!

-Bueno, vamos a haser una cosa. Tu recua la dejamos en mi cuadra, y
yo voy a ir a tu casa a enserrar mi recua y te voy a meter a ti en un serón,
ya pa que tu veas la cosa.

Pos na, así que lo hasen. Dejan la recua y se van con la otra. La mujer
y el cura ya sabían que no estaba allí aquella noche y había concertado su
cita. Y el arriero le pide posá y la mujer pos se la da al arriero.

Y va y na, pues na, pos mete la recua, pos tal, pos cual. Y va y dice:

-Oye, llevo aquí en estos serones una cosa delicá que tendría que vigilar.

-Pasa, pásalo, mételo aquí. Páselo aquí usté y lo pone usté, déjelo usté
ahí, en el comedor.

Y en el serón el que iba metío era el marido de aquella. Pero na, él se
pone con su recua, tal, p'acá y p'allá, l'acomodan la cuadra y se ponen a
cenar y lo llaman.

-¡Fulano, véngase usté a cenar aquí con nosotros!

Entonses estaba ella, el cura y el arriero y el marido qu'estaba metío en
el serón. Y como, están senando y echan vino, dise:

-¡Bueno, aquí para poder beber vino hay que brindar!

Y salta ella y dise:

-¡Qué tonto qu'és mi marido
que no m'entiende mi mal,
qu'el pescado churumirlo
ha salido a buscar!

Dise el cura (¡ah!, porque no lo he dicho, pero este es que se llamaba
Juan de Ramos, el qu'estaba en el serón):

-¡Comamos y bebamos
a salú de Juan de Ramos,
que dende aquí
pa la cama nos vamos!

Y entonses dise el otro arriero, que también tenía que brindar, dise:

-Tú qu'estás en los serones,
¿escuchas estos sermones?

Dise el marido:

-¡Pos anque pierda la mula Baya,
pero tenme al cura que no se me vaya!"¹⁸

El brindis se plantea como una acción ineludible y previa a la comida.
Implica una reflexión en verso, o, lo que es lo mismo, un detenerse antes
de poner manos a la obra para presentar el banquete no sólo como un puro
gesto nutricional, sino, sobre todo, como un acto social. "Para beber vino
hay que brindar!", dice uno de los comensales, y ésta no era la única exi-
gencia relacionada con la bebida; otras pautas ritualizaban el consumo del
vino, como la de hacer circular la jarra que lo contenía "siempre a derechas,

¹⁸ Texto de don Juan López Aparicio (col. inédita de cuentos del Campo de Cartagena).

porque era creencia (...) que de hacerlo a izquierdas apedrearía"¹⁹. El orden neutraliza los abusos. Entre el consumo saludable y moderado del vino o su desmedido trasiego media el brindis.

Mediador entre el drama y la risa

Ya hemos aludido más arriba a esta condición estructural del vino en los cuentos. Ese carácter resulta evidente en textos como los que siguen que presentan esquemas argumentales idénticos en los que el drama doméstico, la relación de la viuda y su hijo o la agonía de un anciano, se superan con la reflexión sobre el vino:

"Un hijo también de una viuda y que no trabajaba y siempre iba borracho, y su madre ya estaba la pobretica tan quemá con que siempre estaba borracho, dise:

-¡Ay, válgame Dios hijo mio! ¡Yo no sé qué l' echaría yo al vino pa que lo aborresieras!

-¡Madre, échale melocotón!"²⁰.

"Había otro que se estaba muriendo y tenía los hijos allí y estaba el padre:

-¡Antoniooo!

-¡No te preocupes papá! ¡Tu sigue tranquilo, estamos aquí!

-¡Juan!

-¡Papá, no te preocupes que estamos aquí!

-¡Vicente!

-¡No te preocupes, que estamos aquí!

Y fue nombrando todos los hijos. Y cuando ya los tenía:

-¿Estáis todos?

-¡Sí padre, estamos todos!

-¡Pos pa beber vino la "laranja!"²¹.

Estructuralmente, ambos chistes son idénticos y su interpretación es obvia: el vino trasciende el drama, está por encima de las preocupaciones de una madre por las consecuencias que provoca en el hijo su consumo abusivo, e, incluso, supera en interés a cualquier otro asunto que pudiera inquietar al individuo que agoniza. Es la reivindicación del plano lúdico con el que invariablemente aparece asociado, no sólo en éstos, sino en todos los relatos precedentes en tanto en cuanto que son narraciones de humor.

El ingenio

El mismo plano lúdico que traslucen los ejemplares en los que se trata de las argucias empleadas para adulterar el caldo o los recursos de algunos para evitar pagar por él:

"Este era vinatero y vendían vino, y de uva no hacían vino nunca, y ya cuando llegó la hora de la muerte pos los llamó a tos los hijos pa decirles el último secreto, que de uva también se hacía vino"²².

¹⁹ LÓPEZ MEGÍAS F. y ORTIZ LÓPEZ, M. J., *El Etnocuentón*, p. 160.

²⁰ Texto de doña Carmen López Martínez anotado en La Puebla (col. inédita de cuentos del Campo de Cartagena).

²¹ Texto de don Pedro Sánchez Rubio, anotado en Molina de Segura.

²² Texto de don Pedro Pagán Sánchez, natural de la pedanía murciana de La Murta (col. inédita de cuentos del Campo de Cartagena).

“Había tres trabajando y les gustaba el vino a los tres, y el que ijera vino tenía que pagarlo, tenían que ir por el vino y el que dijera vino tenía que pagar el vino, y claro, ninguno quería decir vino. Y dice el primero, dice:

-¡Válgame aquel!

Y el segundo dice:

-¡Y yo que no puedo pasar sin él!

Y el otro dice:

-¡Pos coge cuartos y ves por él!”²³.

Aquí el humor viene provocado por el ingenio, la astucia, el arte de embaucar, es decir, por el modelo de inteligencia del pícaro²⁴.

En suma, la imagen del vino que nos encontramos en la visión del mundo encerrada en el folklore contemporáneo es indiscutiblemente positiva; hemos visto que el vino se valora como fuente de salud y cómo se relaciona con el sentido lúdico de la existencia al emplearlo como elemento de superación de los dramas cotidianos.

Ahora bien, al hablar de folklore contemporáneo conviene precisar algunas cuestiones que hasta aquí no hemos señalado: en primer lugar, que el ambiente en el que se recogen estos textos es casi exclusivamente rural y, por consiguiente, todas las consideraciones hechas hay que circunscribirlas a los grupos humanos que se desenvuelven en ese espacio. De igual forma, dada la media de edad de las personas encuestadas en el trabajo de campo (entre 60 y 80 años), el repertorio refleja un estado de la conciencia colectiva en el agro español cuya definición con estos perfiles corresponde al período comprendido entre la décadas de los años treinta y cincuenta del siglo XX. Teniendo en cuenta la capacidad contrastada de la tradición para persistir en el tiempo y en particular de la cultura agraria para experimentar una evolución mucho más lenta que la urbana, parece legítimo suponer que la mayor parte de las percepciones que componen esa visión colectiva apenas se han modificado en etapas precedentes. La investigación demuestra la asombrosa supervivencia de un considerable número de tipos cuentísticos que ya circulaban en el folklore oral de los siglos XVI y XVII²⁵ y esto hace que nos sintamos tentados a plantearnos la siguiente pregunta: ¿existe alguna forma de calibrar el estado de la cuestión del tema que nos ocupa remontándonos a hace 400 años?

El vino en los cuentos del Siglo de Oro

La respuesta a ese interrogante es un sí matizado. Afortunadamente, aunque el folklore es un concepto centroeuropeo acuñado en el siglo XIX y cuya investigación aparece relacionada con la difusión del Romanticismo y el Nacionalismo –o, al menos, esos son los clichés establecidos sobre el ori-

²³ Texto de don Pedro Pagán Sánchez.

²⁴ Una reflexión sobre este modelo de inteligencia en el folklore oral tradicional y su relación con el concepto de *metis* griega fue el motivo de mi conferencia en el curso sobre cultura tradicional organizado por el Ayuntamiento de Los Alcázares en agosto de 2004. El punto de partida era el análisis que J. P. Vernant y M. Detienne hacen del mismo en *Las artimañas de la inteligencia*, Madrid, Taurus, 1988.

²⁵ CHEVALIER, V. M., *Cuentos folklóricos españoles del Siglo de Oro*, Barcelona, 1983; SUÁREZ LÓPEZ, J. (1998), *Cuentos del Siglo de Oro en la tradición oral de Asturias*, Gijón, y también las referencias bibliográficas de nuestro *Camándula*.

gen de esta “ciencia”–, en la España de los Austrias unos cuantos personajes singulares nos legaron valiosos repertorios narrativos que, en cierta medida, dan testimonio de muchos de los tipos que por entonces corrían de boca en boca. Es cierto que aquellas colecciones de apotegmas, facecias, agudezas, ejemplos o como quiera que llamasen sus compiladores a los cuentos que reunían, distaban mucho de usar los criterios contemporáneos para elaborarlas, o de perseguir los objetivos que actualmente se trazan los investigadores de la cultura popular, pero, en cualquier caso, salvaron materiales en cantidad e interés muy apreciable²⁶.

Efectivamente, en ellos hay textos indiscutiblemente tradicionales y folclóricos por su forma y contenido entre los que, por lo que hace al vino, descubrimos algunas constantes que prueban la pervivencia hasta hoy de ciertas connotaciones. Pero también apreciamos particularidades por asociaciones ahora infrecuentes o inexistentes y que, naturalmente, se explican por los cambios producidos en el contexto sociológico que, como preveíamos en nuestro planteamiento teórico, no pueden por menos que afectar al repertorio cuentístico.

Así, el aprecio rotundo por el vino está en la reflexión que Melchor de Santa Cruz atribuye a Alfonso V de Aragón pero que bien pudiera tener origen popular:

“El mismo decía que cinco cosas le agradaban mucho: Leña seca, para quemar; caballo viejo, para cabalgar; vino añejo, para beber; amigos ancianos, para conversar; y libros antiguos, para leer”²⁷.

Un ejemplar anotado por Gonzalo Correas lo coloca incluso por encima de lo más sagrado, en un alarde de provocación y osadía dados los tiempos inquisitoriales que corrían:

“Dicen este cuento: que a un vizcaino le denegó la cabalgadura que traía carga de vino de Jeres, y no la podía levantar llamando a Dios y a Santa María en su ayuda; no había milagro ni remedio; acordó sacar vino en un sombrero y dar una sopada a la bestia, y con esto se esforzó y caminó valerosa: el vizcaíno dijo las palabras del refrán:

-Bueno estar Dios, buena estar Santa María; mas vino de Jeres, ventaja tienes”²⁸.

Igualmente, en términos semejantes a los que en los repertorios actuales sirven para ilustrar el componente de atracción irresistible, encontramos ejemplares como éstos:

“El doctor de Córdoba, en Toledo, aconsejaba a un borracho que tenía un ojo muy malo, que no bebiese vino, que le perdería. Respondió: Más quiero perder una ventana que toda la casa”²⁹.

²⁶ Para una aproximación al tema del cuento en la literatura de la época merece la pena manejar los dos volúmenes de HERNÁNDEZ VALCÁRCEL, C. (2000), *El cuento español en los Siglos de Oro*, Murcia, que contienen una buena antología de autores y textos. Desde el punto de vista del folclore es fundamental el trabajo de M. Chevalier citado arriba. Sobre el tema de los distintos productos de la narrativa corta y su valor en el contexto de la cultura de la época puede leerse la introducción de Maximiliano Cabañas a su edición de la *Floresta española* de Melchor de Santa Cruz, en ed. Cátedra, Madrid, 1996.

²⁷ SANTA CRUZ, M. de (1996), *Floresta española*, Parte Segunda, I, XIX (Toledo, 1574; cito por la edición de Cátedra).

²⁸ GONZALO CORREAS (1992), *Vocabulario de refranes*, p. 91 (cito por la edición Ed. Visor, Madrid). La vida de G. Correas transcurre entre 1571 y 1631, pero el manuscrito de esta obra no fue impreso hasta 1906.

²⁹ SANTA CRUZ, M. de, *op. cit.*, Quinta parte, VIII, XXXVII.

También hallamos relatos con estructuras idénticas a las que analizábamos en el capítulo anterior, con el vino como factor de sublimación de un conflicto; pero aquí la tensión dramática la provoca una situación inusual en un mundo como el nuestro en el que la pena de muerte prácticamente ha desaparecido como referente cultural:

“Ahorcando a uno en Toledo, ya que le querían quitar la escalera, rogó que le diesen de beber. Díronle una copa de vino. Y para bebello sopló la espuma. Preguntándole el verdugo para qué lo soplabá, respondió: Hermano, la espuma es mala para el que es enfermo de los riñones”³⁰.

Percebimos una frecuencia mayor de tipos que abren un debate sobre la adulteración del caldo, desde los que la consideran necesaria:

“Decía fray Bernardino Palomo: El vino tiene dos males, si le echáis agua, echáislo a perder; si no se la echáis, piérdeos a vos”³¹.

Hasta los que la censuran:

“Uno tomábase muchas veces del vino, y aconsejábanle algunos amigos que lo aguase mucho. Respondió que si fuera menester aguado, no lo criara Dios puro, sino aguado; y para darnos a entender que no lo habíamos de aguar, puso aquel taponcico en cada uva”³².

Pasando por los que advierten del castigo a los que la practican:

“Había un tabernero, muy diestro en baptizar el vino, con lo cual allegó a tener quinientos ducados, y tomó la dicha cantidad envuelta en un paño colorado, se fue a comprar vino fuera de la ciudad, y por el gran calor que hacía le fue forzado apearse junto a una fuente, a do se asentó y sacó los dineros, y púsolos cabe sí. Viendo una águila que iba volando el paño colorado con que estaban atados, pensando que era algún pedazo de carne, apañó supitamente dellos. El tabernero, siguiéndola de rastro, vido que se cayeron con el peso tan grande en medio de una laguna de agua, do probó por diversas veces de entrar por ellos. Y por ser tan sobrada el agua determinó de dejarlos, diciendo:

-Vaya en buen hora mi bien, que de donde salió se volvió”³³.

Asimismo, parece un carácter propio de la época el empleo del vino para censurar al clero:

“Había en San Agustín de Sevilla un fraile hablador que no dejaba cosa por secreta que fuese que no la picotease. Sucedió un día que viniendo de fuera un fraile grave, le dijo el portero:

-Por no estar en casa V. Paternidad se ha perdido una garrafa del mejor vino que ha habido. Presentáronle a fray Fulano un cuero trasañejo y ha dado parte dél a casi toda la casa.

Respondió:

-Debieron de presentársele”³⁴.

30 SANTA CRUZ, M. DE, *op. cit.*, Cuarta parte, VI, V.

31 SANTA CRUZ, M. DE, *op. cit.*, Primera parte, VI, X.

32 SANTA CRUZ, M. DE, *op. cit.*, Sexta parte, VIII, LX.

33 TIMONEDA, J. DE (1563), *El Sobremesa y alivio de caminantes*, (cito por la edición de Ed. Prometeo, Valencia).

34 ARGUIJO, J. DE, *Cuentos*, nº 205. En 1979 Beatriz Chenot y M. Chevalier editan el manuscrito del siglo XVII que contiene esta colección advirtiendo respecto al pretendido autor que “ni son suyos –los chistes– ni sabemos en forma cierta quién los apuntó”.

“Queriendo un clérigo decir misa en un lugarejo, probó el vino, y viendo que era vinagre, dijo que fuesen a un lugar vecino por un poco de vino. Un seglar que vido esto, dijo muy mohino:

-¡Qué regaladito es el Padre! ¿No pudiera un día pasarse sin vino en la misa?”³⁵.

“Al echar el vino en el cáliz un clérigo en la misa, díjole quedito el monacillo:

-El vino es maravilloso.

Cuando después al consumir, le vio chupar una o dos veces, volvió a decirle pasito:

-¿No le decía yo que era excelente?”³⁶.

O para enfrentarse y burlar a los médicos:

“A un tabernero de Toledo habíanle traído una carga de buen vino. Compró un orinal nuevo, y echó en él hasta un cuartillo. Y pasando por allí un médico, no muy experimentado, le amostró el orinal. El médico le dijo que tenía, cuya aquella orina [era], muy diversos humores, y había menester remedialle luego. El tabernero le tomó el urinal de la mano, y bebió todo el vino, diciendo:

-Andad mucho de en hora mala para quien os lo amostró, que yo basto a hacer esta cura”³⁷.

“Aconsejaba un médico a un soldado que no bebiese vino después de haber comido higos. Y decía el soldado:

-No lo entiende vuestra merced, señor, perdóneme por ello; que al higo, vino; y al agua, higa”³⁸.

“Tenía un enfermo gran sed, y conveníale beber un jarro de agua para su enfermedad, y porfiaba de dejarse morir de sed, o le habían de dar vino, que era muy contrario. Acordaron dos médicos que le curaban, de dalle una copa de buen vino, y que luego, tras ello, le diesen gran golpe de agua. De que hubo bebido el vino, dándole prestamente el agua, despidióla, diciendo: Ya no he sed”³⁹.

Es decir, con la complicidad del vino se desafían autoridades religiosas y científicas, apuntando un talante transgresor que parece más diluido en nuestros días, acaso en correspondencia con la reducción de la presión coactiva que éstas ejercen sobre la sociedad contemporánea.

Tampoco son ajenas las reflexiones ingeniosas o las argucias picarescas que tienen al vino como protagonista:

“El Rey don Felipe II, siendo ya viejo, estaba hablando con don Diego de Córdoba, su coetáneo, y díjole:

-¿No consideráis cuánto más hermosas mujeres había en nuestra mocedad que ahora?

Respondió don Diego:

-Así es, Señor, pero considere V. Majestad que, por otra parte, hay ahora mucho mejores vinos”⁴⁰.

³⁵ ARGUIJO, J. DE, *op. cit.*, nº 264.

³⁶ ARGUIJO, J. DE, *op. cit.*, nº 647

³⁷ SANTA CRUZ, M. DE, *op. cit.*, Cuarta parte, VII, IV.

³⁸ SANTA CRUZ, M. DE, *op. cit.*, Cuarta parte, VII, XVIII.

³⁹ SANTA CRUZ, M. DE, *op. cit.*, Oncena parte, VIII, VIII.

⁴⁰ ARGUIJO, J. DE, *op. cit.*, nº 127.

“Topó una noche un alguacil a uno que venía muy embarazado, y preguntóle:

-¿Qué arma lleváis?

Respondió:

-Señor, un puñal.

Descobijándole, halló que era un jarro de vino. Bebiósele todo, y dió el jarro vacío diciendo: Tomá, que yo os hago gracia de la vaina⁴¹.

“Estando la corte del Emperador Carlo Quinto en Toledo, un flamenco entró una tarde en una taberna, y bebió cinco azumbres de vino, y quedose dormió. Y despertando otro día de mañana, pidióle la tabernera que le pagase seis azumbres de vino que le había dado. Él porfiaba que no eran más de cinco, diciendo:

-Mi tripa no hace más de cinco azumbres.

Dijo la tabernera:

-Verdad decís; mas este vino, como es bueno, subióse un azumbre a la cabeza, y cinco del vientre, son seis.

El flamenco respondió:

-Tú has dicho la rasón⁴².

Si aceptásemos como suficiente el material evaluado, deberíamos convenir que la imagen del vino en la conciencia colectiva de aquellos siglos no es sustancialmente diferente de la que nos revelan los repertorios folklóricos contemporáneos. Hay matices en la forma pero apenas en el fondo, una evolución que pone de manifiesto como la narrativa oral, al igual que cualquier otro lenguaje, está sujeta a las contingencias del devenir histórico, a la dialéctica de la diacronía y la sincronía que la enriquecen y la reconducen.

A este lado del Mediterráneo el vino ha sido, en la medida en que disponemos de testimonios para probarlo, un elemento cultural asociado al placer, a lo lúdico, más apreciado que simplemente tolerado. ¿Ocurre así en otros ámbitos?

El vino en la narrativa folklórica del mundo islámico

Para contestar a esta pregunta debo confesar, en primer lugar, que cualquier planteamiento que exponga de aquí en adelante tiene un carácter casi de pura conjetura, puesto que mi conocimiento del folclore norteafricano se limita a la lectura de algunos repertorios publicados en nuestra lengua⁴³. Pese a todo, el volumen de textos incluidos en esas colecciones y la naturaleza de sus temas y argumentos me permiten establecer estas consideraciones:

- Siendo evidentes las particularidades de tales repertorios, llama la atención el número notable de tipos idénticos a los españoles.

41 SANTA CRUZ, M. DE, *op. cit.*, Cuarta parte, IV, III.

42 SANTA CRUZ, M. DE, *op. cit.*, Sexta parte, VIII, XXXI.

43 Concretamente el de GARCÍA FIGUERAS, T. (1989) *Cuentos de Yehá*, Sevilla, (la primera edición es de 1934); el de GRIMAU R. y IBN AZZUZ, M. (1988) *Que por la rosa roja corrió mi sangre*, Madrid y una edición de cuentos turcos para turistas preparada por MAHFUZDUR, H. H. 202 *Fábulas de Nasreddin Hodja*.

Independientemente de su origen, este fenómeno de identidad es una prueba más de la *koiné* cultural gestada durante milenios de conflicto y convivencia en ambas orillas del Mediterráneo.

-Si son reconocibles los tipos, también pueden asimilarse las figuras de sus protagonistas: el Yehá del Magreb y el Nasreddin Hodja turco tienen su equivalente en el Perú hispano (Pedro de Urdemalas, Pedro de Malas Artes, Pedro Saputo). Sus andanzas son las mismas, como los mismos son los rasgos que definen su carácter y comportamiento. En todos ellos confluyen la personalidad del pícaro y la del tonto; son seres extravagantes, "idiotas" en el sentido clásico de este concepto.

Es entonces, al poner de relieve las similitudes, cuando ganan prelación las diferencias. La evaluación es contundente: entre los más de 800 cuentos examinados el vino sólo aparece en dos relatos en un contexto claramente recriminatorio⁴⁴. Con todas las reservas a que me obliga el conocimiento tan parcial de este folklore, que ya he reconocido, la observación creo que es pertinente y traduce la obvia influencia de la superestructura cultural islámica, tan sólidamente arraigada en la mentalidad colectiva de los musulmanes que ha terminado por ejercer una censura absoluta sobre el tema de la bebida. Esa capacidad de erradicación es la prueba de la fuerza de esta doctrina, tal que ha afectado a las estructuras de la cultura popular que en muchas ocasiones demuestran una tenaz capacidad para resistir los embates de ideologías con las que entran en conflicto.

Nuestro recorrido acaba aquí. Otra vez insisto en que más que una demostración, el ejercicio realizado con el vino como pretexto viene a apuntar en la dirección del planteamiento teórico del inicio, muy en la línea de lo que Rodríguez Almodóvar llamó "método semiótico-antropológico" y que describía como el intento de "averiguar en qué forma había evolucionado, y en qué otra se había conservado, la narrativa folklórica española, en relación con la de otros contextos europeos o americanos, pero yendo más allá del mero <placer> comparativo. En una palabra, intentando estructurar el conjunto particular de los cuentos españoles, y estructurar asimismo su propia evolución, en relación dialéctica con las etapas históricas reconocibles y a partir de los estratos más arcaicos"⁴⁵. Sin olvidar que los cuentos tienen como objetivo prioritario hacer soñar o reír, remover todo el complejo de nuestras emociones y provocarlas, y ya sólo por ello merecen agradecimiento y respeto, son además un recurso antropológico para interpretar el mundo en el que vivimos, simplemente escuchándolos y dejándonos impregnar de todos sus significados.

⁴⁴ GARCÍA FIGUERAS, T., *op.cit.*, nº 99 en el que se condena sin paliativos el comportamiento del Cadi borracho; GRIMAU, R. y IBN AZZUZ, M., *op. cit.*, nº 94, que contraponen las figuras de dos hermanos, uno de los cuales representa el tipo del virtuoso y el otro el del vicioso, ejemplificado en su querencia por el vino; aunque el borracho se salva, lo hace porque abandona su costumbre.

⁴⁵ RODRÍGUEZ ALMODÓVAR, A. *op. cit.*, p. 225.